

## *El pensamiento de Ismael Quiles ante la técnica y los medios de comunicación social \**

Horacio C. Reggini

En 1981, en las páginas de mi libro *Alas para la mente*, citaba yo una afirmación del Padre Ismael Quiles contenida en su *Filosofía de la educación personalista*. Se refería a que toda educación es personalización: «la realización concreta de ese fin se logra mediante la autoconciencia, que vale tanto como *ser-en-sí*, afirmarse a sí mismo; el autocontrol, lo que equivale a ser dueño de sí mismo o ser sí mismo, y la autodecisión, que significa actuar desde sí, o por sí mismo». Desde entonces siempre estuve seguro de que “la autoconciencia, el autocontrol y la autodecisión”, deberían ser objetivos primordiales de todo ambiente educativo, en particular, los que incluyen la utilización de computadoras, tema al que he dedicado muchas energías.

Hace poco publiqué otro libro, *Los caminos de la palabra*, referido a las telecomunicaciones, de Morse a Internet, en el que analizo distintos medios de comunicación. Relacionado con la apasionante historia de la necesidad o el deseo de transmitir el pensamiento, recuerdo que los *bocongos*, nativos del norte de Angola y del sur del Zaire -donde ahora se lucha lastimosamente- aún se comunican con el telégrafo de la jungla: el retumbo codificado de los tambores. En el desierto de la Patagonia, con pequeños desniveles y una vegetación de montes aislados que rara vez supera el metro de altura, las señales de humo fueron otra forma de comunicación. En la jungla africana, *se oye pero no se ve*; en el desierto patagónico *se ve pero no se oye* a causa del viento constante. Del mismo modo, podría decirse que en el asfalto de esta era de supermedios en que vivimos -con centenares de canales de TV y multimedios-, *se oye y se ve*, pero lamentablemente *se reflexiona poco*.

Y a este tema de la reflexión apunta mi exposición. Quiles decía que la reflexión es la primera esencia de la persona. La aparición de la *reflexión* con el género humano, en que la energía espiritual se muestra en toda su evidencia, representa el salto a un orden superior.

Quiles en su *Introducción a Teilhard de Chardin, El Cosmos, el Hombre y Dios*, libro publicado en 1975, dice que no puede menos que señalar la fundamental coincidencia de los párrafos que acerca de la reflexión escribió Teilhard en su obra *El*

(\*) Conferencia pronunciada en el Simposio “Las Humanidades y la Ciencia: vision actual y prospectiva”, panel de la Facultad de Ciencias de la Educación y de la Comunicación Social, el 29 de octubre de 1996 en la Universidad del Salvador, en el marco de los festejos de su 40° aniversario.

*fenomeno humano* con las que él hacía en su *Filosofía In-Sistencial*. En 1958. Teilhard expresaba: “La *reflexión*, tal como lo indica su nombre, es el poder adquirido por una conciencia de replegarse sobre sí misma y de tomar posesión en sí misma como un objeto dotado de su consistencia y de su valor particular; no ya conocer, sino conocerse; no ya sólo saber, sino saber que se sabe... El ser reflexivo, en virtud de su repliegue sobre sí mismo, se hace bruscamente susceptible de desarrollarse en una nueva esfera... En realidad, es otro mundo el que nace... Abstracción, arte, percepción del tiempo y del espacio, ansiedades y sueños de amor.... Todas estas actividades del mundo interior no son más que amor.... Todas estas actividades del mundo interior no son más que efervescencias del centro sobre sí mismo...”. Quiles explica así sucintamente la “esencia de la persona” según palabras de Teilhard: “... en el momento en que aparece el ser humano, aparece un ser muy especial en el que se da “una máxima interiorización”: la *reflexión*.... Los animales están lanzados desde afuera; no reflexionan sobre sí mismos.... La *reflexión* implica o, mejor dicho, es la conciencia de sí mismo. Es el poder adquirido por una conciencia de replegarse sobre sí misma, lo cual es la culminación del proceso de interiorización”... El ser que ha llegado a este máximo de interiorización -decía Quiles- tiene “conciencia de sí”, “*reflexión*”, se afirma en sí mismo y eso es ser la “persona”. De allí el “estar en sí” de Quiles, la “in-sistencia”.

La trascendencia que daba Quiles a la *reflexión* en la persona humana encuentra importantes conexiones con el mundo de la comunicación social. Y en ese sentido me voy a referir brevemente a dos conocidas novelas *Mil novecientos ochenta y cuatro* de George Orwell y *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, siguiendo un análisis de Neil Postman, profesor de la Universidad de New York, escritor, crítico y estudioso del mundo de la comunicación y de las nuevas tecnologías, que ya he expuesto en otra ocasión y con otro motivo.

George Orwell era el seudónimo literario de Eric Arthur Blair, nacido de padres ingleses en la India, en 1903, y muerto en Londres en 1950. Se lo conoce extensamente por sus dos novelas agudamente críticas de gobiernos autocráticos: *La rebelión de la granja*, de 1945, y *Mil novecientos ochenta y cuatro*, escrita en 1949.

*Mil novecientos ochenta y cuatro* es el año en que transcurre el relato de la novela. El mundo se halla dividido en tres grandes potencias, Oceanía, Eurasia y Eastasia, cada una en guerra permanente con las otras. En Oceanía, “el Partido” gobierna a través de cuatro ministerios de poderes absolutos: el Ministerio de la Paz, que tiene por misión la guerra, el Ministerio del Amor al cual le concierne el orden general y que incluye la temida Policía del Pensamiento, el Ministerio de la Abundancia, que se ocupa de la carencia y escasez de las mercaderías y servicios, y el Ministerio de la Verdad, que tiene a su cargo la propaganda. Las autoridades controlan toda acción, palabra, gesto y opinión de todos.

Al lado de la pesimista visión de George Orwell, está la otra, un poco anterior y menos conocida, pero distinta e igualmente escalofriante: *Un mundo feliz*, de Aldous

Huxley.

Aldous Huxley era hermano de Julian Huxley, un biólogo importante, también conocido y citado por Quiles en sus obras. Quiles, en el último capítulo *Ciencia y Trascendencia* de su *Autorretrato Filosófico*, realiza una interpretación de la especial coincidencia entre Aurobindo y Teilhard en su cosmovisión evolucionista. Para explicar más la convergencia de ambos pensadores se remite a Julian Huxley, para quien era natural que Teilhard y Aurobindo, a partir de los mismos hechos, analizados sin prejuicios, hubiesen llegado independientemente a las mismas conclusiones.

Aldous Leonard Huxley, era también -como Orwell- un ensayista y novelista inglés; nació en 1894 y falleció en 1963. Su famosa novela conocida en castellano como *Un mundo feliz*, es una ácida sátira a una sociedad controlada por la tecnología, sin arte ni religión. En su novela, escrita en 1932, Huxley imaginó lo que pasaría muchos años después, cuando se decía que todo sería mejor. Con agudeza singular, satirizó la idea del progreso pronosticada por científicos y filósofos de la época.

Contrariamente a la creencia ampliamente difundida, Huxley y Orwell no profetizaron lo mismo. Una comparación de ambas obras nos acerca al tema esencial de la reflexión.

Orwell advierte que seremos vencidos por la opresión impuesta exteriormente. Pero en la visión de Huxley, no se requiere un "hermano mayor", para privar a la gente de su autonomía, de su madurez y de su historia. Según su visión, la gente llegará a amar su opresión, y a adorar las tecnologías anuladoras de su capacidad de pensar.

Orwell temía a aquéllos que pudieran prohibir libros, mientras que Huxley temía que no hubiera razón alguna para prohibirlos, debido a que nadie tendría interés en leerlos.

Orwell temía a los que pudieran privarnos de información. Huxley, en cambio, temía a los que llegaran a brindarnos tanta que pudiéramos ser reducidos a la pasividad y al egoísmo.

Orwell temía que nos fuera ocultada la verdad, mientras que Huxley temía que la verdad fuera anegada por un mar de irrelevancia.

Orwell temía que nos convirtiéramos en una cultura cautiva. Huxley temía que nuestra cultura se transformara en algo trivial, preocupada únicamente por sensaciones intrascendentes.

En la novela *Mil novecientos ochenta y cuatro*, de Orwell, el mismo Huxley comentó, la gente es controlada infligiéndole dolor, mientras que en *Un mundo feliz*, es controlada infligiéndole placer.

Resumiendo, Orwell temía que lo que odiamos terminara arruinándonos, y en cambio, Huxley temía que aquello que amamos llegara a ser lo que nos arruinara.

Ante la avalancha actual creciente de los medios y las comunicaciones de toda índole -la televisión omnipresente, las publicaciones por doquier, las redes de computación que nos atrapan-, existe la posibilidad de que sea Huxley, y no Orwell, quien tuviera razón.

Me ha parecido oportuno señalar las consideraciones anteriores tan vinculadas con los fenómenos de la información y la comunicación a los que asistimos en la actualidad, para reforzar hoy más la trascendencia del pensamiento de Quiles en lo concerniente a la necesidad e importancia de la *reflexión*.

La ciencia y la técnica no pueden independizarse de la *reflexión*. Y es así como Quiles amaba y defendía la ciencia y la técnica.

Durante su período de Rector -1968/1974-, Quiles me designó como uno de los tres miembros -junto con el P. Miguel Angel Fiorito y el Dr. Heberto Alfonso Puente- del Comité Asesor del Rectorado de la Universidad del Salvador, que redactó el informe *Bases y Metodología para el Planeamiento de la Universidad del Salvador*. En ese informe -y con la inspiración y el entusiasmo de Quiles- propugnábamos una componente científico-técnico importante en la estructuración de esta casa de estudios.

Quiles en la Parte Tres, "La esencia del hombre", de su *Antropología Filosófica In-sistencial*, dice refiriéndose a la técnica: "La técnica, por cierto, revela la esencia de la persona. La persona es, sin ninguna duda, el único animal capaz de progreso. Los animales no han realizado un progreso, porque no poseen técnica. Ahora bien, la técnica no es otra cosa que una transformación premeditada de la naturaleza. Pero, a su vez, la acción sobre la materia en una dirección presupone un previo estar en-sí, un entrar dentro de sí, situarse en sí mismo, "ensimismarse", y hacer un plan de acción con el cual poder ir "hacia afuera" para transformar, conforme a una finalidad, la materia, o dirigir, conforme también a una finalidad, la comunicación a otras personas".

Quiles era consciente de que, si la sociedad hubiera prohibido todas las tecnologías cuyo uso incorrecto podría haber desembocado en efectos peligrosos, aún no habríamos superado la Edad de Piedra y el descubrimiento del fuego. Coincidió también con el filósofo austríaco Karl Popper, quien dijo: «vivimos en una época en la que la humanidad, gracias a la ciencia, está resolviendo la mayor parte de los problemas que parecían, hace un tiempo, poco menos que insuperables».

Pero la ciencia requiere de la *reflexión*.

La idea de un progreso sin reflexión que animó a muchos y todavía anima a algunos, es deplorable. Se basa en la creencia de que las innovaciones de la ciencia y la técnica impulsan por sí solas el progreso de la sociedad. El progreso pasaría a ser sinónimo de una suma de ciencia, más técnica, más industria, más banca, más inversiones. Las guerras de este siglo y los dilemas de los últimos años han corroído ese pensamiento. La eclosión de la energía nuclear fue coincidente con el holocausto de miles de vidas. El desecho de enormes volúmenes de residuos industriales contamina permanentemente la biosfera terrestre.

Quiles nos enseñó a abandonar la idea simplista de que el progreso técnico-económico es la locomotora que arrastra el progreso social, político, mental y moral. Y nos enseñó también que las ideas de ciencia y técnica, de educación y de comunicación son válidas y notables cuando se acompañan de la *reflexión*.